



Patronato de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

La presente colección bibliográfica digital está sujeta a la legislación española sobre propiedad intelectual.

De acuerdo con lo establecido en la legislación vigente su utilización será exclusivamente con fines de estudio e investigación científica; en consecuencia, no podrán ser objeto de utilización colectiva ni lucrativa ni ser depositadas en centros públicos que las destinen a otros fines.

En las citas o referencias a los fondos incluidos en la investigación deberá mencionarse que los mismos proceden de la Biblioteca del Patronato de la Alhambra y Generalife y, además, hacer mención expresa del enlace permanente en Internet.

El investigador que utilice los citados fondos está obligado a hacer donación de un ejemplar a la Biblioteca del Patronato de la Alhambra y Generalife del estudio o trabajo de investigación realizado.

This bibliographic digital collection is subject to Spanish intellectual property Law. In accordance with current legislation, its use is solely for purposes of study and scientific research. Collective use, profit, and deposit of the materials in public centers intended for non-academic or study purposes is expressly prohibited.

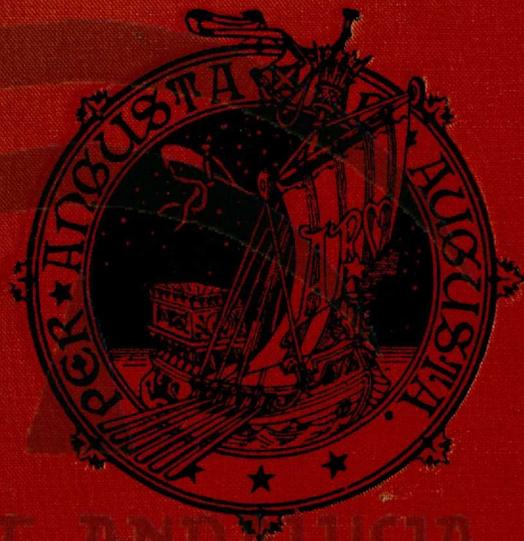
Excerpts and references should be cited as being from the Library of the Patronato of the Alhambra and Generalife, and a stable URL should be included in the citation.

We kindly request that a copy of any publications resulting from said research be donated to the Library of the Patronato of the Alhambra and Generalife for the use of future students and researchers.

***Biblioteca del Patronato de la Alhambra y Generalife
C / Real de la Alhambra S/N . Edificio Nuevos Museos
18009 GRANADA (ESPAÑA)***

+ 34 958 02 79 45

biblioteca.pag@juntadeandalucia.es



DE ANDALUCIA

ESPAÑA

Real Academia de Historia de Andalucía

2
7
7
G. B. P.



BIBLIOTECA DE
LA ALHAMBRA

Est. A-2

Tabl. 1

N.º 7



JUNTA DE ANDALUCIA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

CÓRDOBA



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA



JUNTA DE ANDALUCIA



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

R 5.465

España

SUS MONUMENTOS Y ARTES - SU NATURALEZA É HISTORIA

CÓRDOBA

POR

D. PEDRO DE MADRAZO

Biblioteca de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

Foto-grabados y heliografías de Laurent, Joarizti y Mariezcurrena

Cromos de Casals y dibujos á pluma de Gómez Soler

Donativo del Sr. Conde de
Romanones á la Biblioteca
de la Alhambra. 1909

BARCELONA

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO - EDITORIAL DE DANIEL CORTEZO Y C.[^]

CALLE DE AUSIAS-MARCH, NÚMEROS 95 Y 97

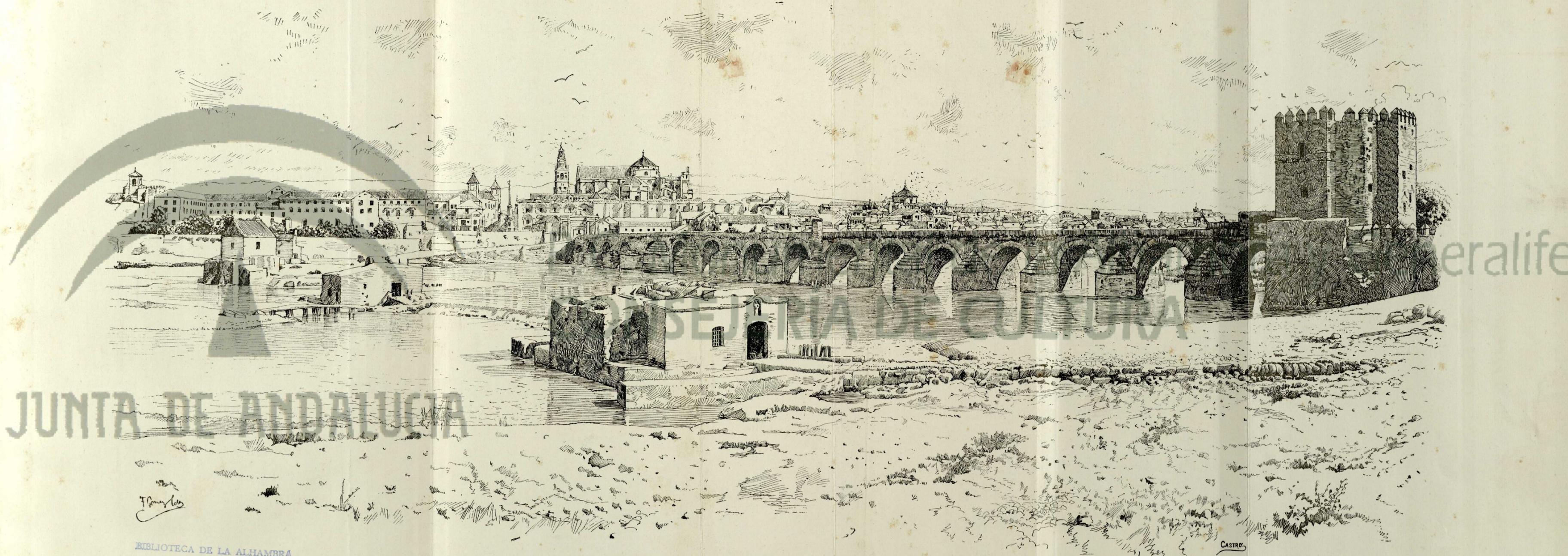
1884

BIBLIOTECA DE	
LA ALHAMBRA	
Est.	A-2
TALL.	1
NO.	7

ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA



F. Gomez

BIBLIOTECA DE LA ALHAMBRA

VISTA GENERAL DE CÓRDOBA

BIBLIOTECA DE LA ALHAMBRA

CASTRO

CÓRDOBA

CAPÍTULO I (1)

Primeras impresiones recibidas en Córdoba. — Ojeada general sobre su historia

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA



EDIABA ya la noche, cuando entramos por primera vez en esa ciudad de Córdoba, á que han comunicado tanto interés la historia y la poesía. Yacía la ciudad sepultada en silencio: apenas se percibía más que el dulce susurro del viento entre sus frescas arboledas. La luna resplandecía en lo alto del horizonte; pero no alumbraba sino los techos de sus viejos monumentos: sus estrechas y tortuosas calles estaban casi todas cercadas de tinieblas.

(1) Este capítulo 1.º y las primeras páginas del 2.º fueron escritas por el señor D. Francisco Pi y Margall, quien por motivos particulares, se creyó en el deber de abandonar luego la redacción de la obra de que el tomo actual formaba parte. Al publicar de nuevo este tomo de CÓRDOBA, concienzudamente anotado respecto de las vicisitudes ocurridas en los monumentos que tan interesante ciu-

Sentíamos una viva inquietud. Éramos aún niños cuando la leyenda nos había hecho ver ya con los ojos de la fantasía esa segunda Damasco, sentada bajo la sombra de sus palmeras á orillas de un caudaloso río. Agolpábanse á la sazón en nuestra frente las ilusiones de la infancia; y temíamos verlas deshojadas por el soplo de la realidad, soplo helado y funesto que pasa sobre nuestra imaginación como el del cierzo sobre el cáliz de las flores.

No distinguimos por de pronto nada que revelase la mano de los árabes; pero debimos reconocer á poco la antigua ciudad musulmana en lo desigual de sus calles y sus casas, en lo mezquino de sus portales, en la sencillez de sus fachadas. Vimos á trechos asomar por encima de estos, árboles frondosos que subían al parecer desde el fondo de los patios: recordamos que los orientales guardan para el interior la belleza que otros pueblos se complacen en desarrollar en el exterior de sus edificios; y no pudimos menos de concebir la esperanza de descubrir todavía, aunque desfigurada y rota, una ciudad morisca.

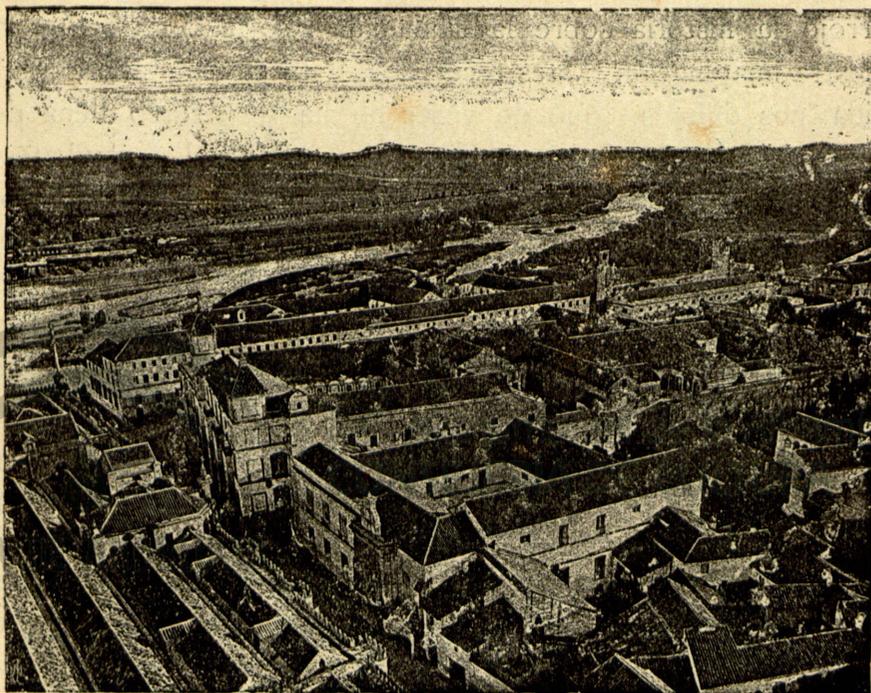
Esperábamos con impaciencia que rayase el alba; no veíamos llegada la hora de penetrar en esos templos donde tantos emires y califas adoraron al Profeta, en esos ricos alcázares donde fueron recibidas tan brillantes embajadas y perpetrados los más negros crímenes, en esos ensangrentados muros de que colgaron los reyes moros las cabezas de sus enemigos, en esos encantados jardines donde languidieron de amor tantas sultanas, en esos profundos acueductos, abiertos en las peñas, donde gimió sin ser oída tanta muchedumbre de cautivos.

Contemplamos en tanto gran parte de la ciudad desde un aji-

dad encierra, nos abstencemos de introducir modificación alguna en este primer capítulo por ser obra ajena que debemos respetar en su integridad. Del capítulo siguiente suprimimos por innecesarias las pocas páginas que escribió el mismo señor Pi, dada la latitud con que tratamos nosotros todo lo referente á la historia de la gran mezquita aljama; y reproducimos sólo uno de sus brillantes párrafos como encabezamiento de dicho capítulo 2.º

P. DE MADRAZO.

mez de la casa en que vivíamos. El espectáculo que á nuestros ojos se presentaba no podía ser más bello. Alzábanse allá y acullá, entre techos desiguales, torres más ó menos imponentes cuya negra silueta se destacaba sobre los montes inmediatos ó sobre el azul del cielo. Brillaban á un lado las aguas del Guadalquivir;



VISTA GENERAL DE CÓRDOBA POR LA PARTE DEL RÍO

extendíanse al otro las faldas de Sierra Morena, sobre cuyas cumbres centelleaba una que otra estrella, como el ojo de un cíclope que está para conciliar el sueño. Ligeras nubes, blancas cual la nieve, recorrían el espacio en alas de suaves brisas embalsamadas por las flores: sutiles, transparentes, dejaban ver al través de sí la bóveda del firmamento, y no parecían sino aéreas gasas destinadas á realzar la hermosura de ese estrellado manto de los cielos. Murmullaba debajo de nosotros el follaje

de los naranjos y los álamos; allá á lo lejos, en el fondo, se distinguía una palmera; más allá aún, ya fuera de las murallas, masas oscuras que parecían otras tantas arboledas. Ostentaba allí sus ricos dones la naturaleza; aquí sus ricas galas el arte; y brotaba de todas partes una armonía indefinible que hablaba al corazón, dejaba cautiva el alma y suspensos los sentidos.

Apoderóse en breve de nosotros una dulce melancolía. Arrojó la historia sobre la ciudad un velo fúnebre; asaltaron nuestra imaginación tristes recuerdos. Esta ciudad, ahora dormida, nos dijimos, ¡qué de veces no ha despertado llena de sobresalto al grito de la rebelión y al rumor de los combates! Estalló un día una guerra encarnizada entre César y Pompeyo. Vino César sobre Córdoba y la ganó: aquí fué donde recibió el homenaje de casi todos los pueblos de la Bética, aquí donde vió rendido á sus plantas á su enemigo Varrón, aquí donde terminó en medio de los aplausos de todo un reino la primera y la más gloriosa de todas sus campañas. Retoñaron algún tiempo después las discordias civiles. Ocupó Sexto Pompeyo la ciudad y César se vió obligado á cercarla. Era de un carácter benigno y generoso este soldado; mas, creyendo ver en este hecho una defección, cegó de cólera. Levantó el sitio apenas supo que Pompeyo había salido de la ciudad, le derrotó en Munda, bajó de nuevo á Córdoba, y pasó á cuántos le opusieron la menor resistencia por el filo de la espada. ¡Qué días aquellos tan aciagos! Estaban divididos los cordobeses en cesarianos y pompeyanos: los pompeyanos querían morir bajo las ruinas de la ciudad antes que entregarse á César; los cesarianos conspiraban sin tregua contra los pompeyanos; rompieron en un momento dado los dos bandos; y perecieron no sólo los principales cesarianos, sino hasta sus hogares y sus hijos. Subían aún al cielo los vapores de la sangre y las llamaradas del incendio, cuando entró César para consumir la obra. La ley del talió fué aplicada en todo su rigor; el espíritu de venganza quedó completamente satisfecho. Murieron bajo el hierro del vencedor más de veinte mil partida-



BIBLIOTECA DE LA ALHAMBRA

CÓRDOBA — Tipo de mujer del pueblo

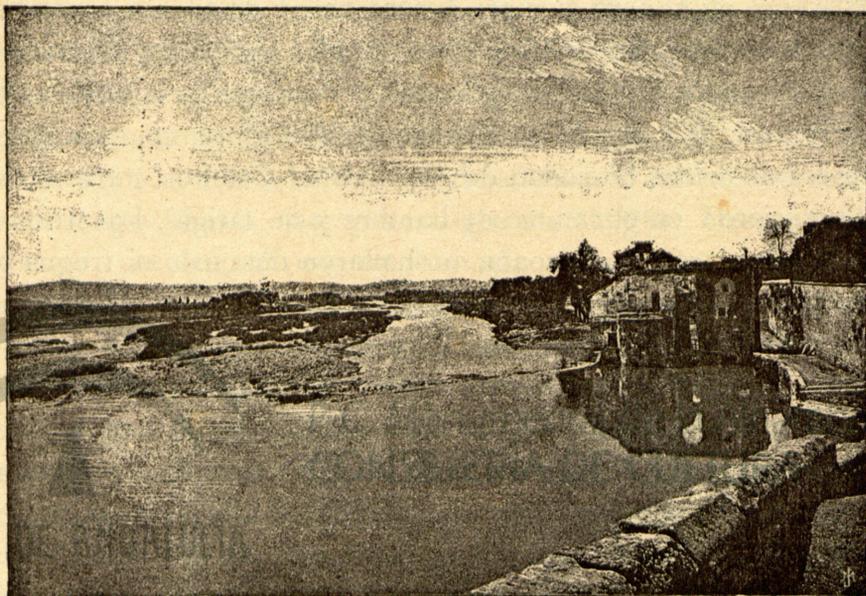
rios de Pompeyo; fueron echados los demás de sus albergues; condenados muchos á andar errantes por la tierra llevando en su frente el sello del proscrito. ¡César! ¡César! no era esta la misión que te había confiado tu destino. ¡Cómo pudiste en un instante de ira venir á cubrir de luto una ciudad á que antes y después consagraste tus recuerdos? ¡Cómo no supiste acallar aquí tus pasiones, tú que acostumbrabas á levantar entre tus brazos al vencido, tú que no tuviste corazón para ver la cabeza de Pompeyo y dejar de verter sobre ella una lágrima de compasión y de ternura? ¡César! ¡César! hemos creído ver aún tu sombra airada pasando sobre esta ciudad de Córdoba: perdónanos si llevados por la fuerza del sentimiento hemos recordado con placer que fuiste á espirar bajo el puñal de Bruto.

¡Ah, fuiste indudablemente bien desgraciada, oh Córdoba! No había caído aún la república en manos de los emperadores, cuando eras ya colonia y viste ya cubierto de monumentos tu recinto; de quintas, tu campiña. Viriato pasó junto á tus muros y no tuviste que sentir el peso de sus armas. Metelo dió en tu seno sus espléndidos banquetes. César, el mismo César te coronó de gloria. Mas ¡cuán pasajera fué tu dicha para el dolor y la amargura que hubiste de devorar en medio de las tinieblas y el silencio! Casio Longino, gobernador en nombre de César, te arrancó tu libertad y tus tesoros: sufriste, lloraste; y cuando no pudiste ya con tus pesares, no encontraste otro medio para salvarte de su codicia que lanzarte al campo de batalla. Vino á poco el mismo César á herirte de muerte; cuatro siglos después, los vándalos, ese terrible azote enviado por la mano de Dios para regenerar la embrutecida Europa. Te mostraste poderosa contra Agila, cuyo hijo anegaste en la sangre de sus tropas: fiera, romana siempre, llegaste entonces á reconquistar tus leyes municipales, á hacerte libre, á emanciparte, sola y sin más que tus propias fuerzas, del imperio godo. Mas ¡cuán en breve tuviste también pendiente sobre ti el cetro asolador de Leovigildo! Destruyeron el hierro y el fuego tus soberbios monumentos: fue-

ron tus mejores hijos sepultados en el fondo de tus ruinas. Cayó sobre ti la más horrible tiranía; y ni libertad tuviste para quejarte de tus infortunios. Fuíste el sepulcro de tu pueblo, el monte en que sentaron sus trofeos tus implacables enemigos.

Cayó Córdoba en poder de los árabes poco después de la batalla del Guadalete. Anocheció libre y amaneció cautiva. Fué asaltada de noche por las tropas de Mugeith; y cuando al despertar se vió por todas partes cercada de invasores, no pudo hacer mas que doblar humildemente la cabeza y sufrir la ley de los vencidos. Corte á poco de los emires que gobernaban la España en nombre de los califas de Damasco, no tardó en recibir animación y vida de las gloriosas expediciones militares dirigidas contra las fronteras de las Galias; mas no tardó tampoco en estar amenazada por esas funestas guerras de tribu á tribu que socavaron desde un principio los cimientos de este nuevo imperio sujeto á las banderas del Profeta. Vivió pronto, no ya en medio de la animación, sino en una agitación febril alimentada sin cesar por odios y ambiciones personales; hoy vió entronizar á un emir, mañana le vió deponer por una muchedumbre insensata ó por una soldadesca ebria; precipitóse todos los días más á la anarquía y estuvo próxima á una completa ruina. Recobró aliento al entrar por sus puertas el joven Abd-el-rhamán, último resto de la familia ommyada; mas hasta bajo esos mismos ommyadas tuvo días de luto y de amargura. Encendióse sobre el sepulcro de Abd-el-rhamán una guerra fratricida que retoñó por mucho tiempo al fin de cada reinado y engendró los más horrendos crímenes; subió pocos años después al trono el vengativo el Hakem, que tomó el terror por sistema de gobierno y sumergió de nuevo esta ciudad en la sangre de sus hijos. El Hakem, sobre todo, fué para ella fatal: creó con objeto de oprimir á sus súbditos una milicia permanente, recargó de una manera excesiva los tributos, y sublevó contra sí los ánimos del pueblo. Irritado éste, se arrojó á la calle y desahogó su ira contra los recaudadores. Súpolo el

Hakem, rugió de cólera, y mandó empalar públicamente en una de las orillas del río á diez de los rebeldes. Exaltado el pueblo á la vista de tan bárbaro espectáculo, no pudo ya contener sus ímpetus: lanzóse como un tigre sobre los soldados de la nueva guardia, descuartizó á cuántos pretendieron oponerle resistencia, se dirigió al alcázar, prorumpió en alaridos y amenazas, protestó



MOLINOS DEL RÍO

enérgica y fieramente contra la tiranía de sus reyes. El hijo del emir, los altos funcionarios de palacio, cuántos rodeaban á el Hakem le suplicaban con instancia que les permitiese salir para aplacar el tumulto con palabras de paz y de concordia; pero el Hakem, sediento ya de sangre, no quiso escuchar más que la voz de sus pasiones. Acometió de improviso la desarmada muchedumbre, alanceó, mató, desgarró las mal heridas víctimas bajo los piés de sus caballos, mandó clavar vivos en las orillas del río á trescientos prisioneros.

No estuvo contento aún: los fugitivos se habían retirado al

arrabal: entregó por tres días el arrabal á merced de sus soldados. No haya perdón, dijo, ni aun para las casas que han servido de asilo al delincuente; casas, hombres, mujeres, ancianos, niños, todo pereció por el fuego ó por la espada. Cansado ya de destruir, pregonó al cuarto día un indulto: ¡oh! la sangre hierve en las venas al considerar tan grande ultraje. ¡Un indulto después de cuatro días de saqueo y exterminio! ¡Y qué indulto! Desterróse en él para siempre á centenares de familias, condenóse á más de quince mil hombres á andar errantes y desnudos por las costas de África. ¡Pobres proscritos! Los hubo que tuvieron que ir á buscar un albergue en el Egipto, conquistando á fuerza de armas la ciudad de Alejandría. ¡Cuántos entre estos no perecieron en el camino de hambre y de fatiga! Las tribus que se internaron por España no hallaron descanso ni tregua á sus dolores hasta que, compadecida Toledo de tan amargas desventuras, les abrió sus puertas y les dió lugar en su recinto. ¡Pobres proscritos! La muerte de sus hijos, la usurpación de cuánto habían poseído, el incendio de las casas en que habían abierto por primera vez sus ojos á la luz del mundo, no eran aún bastantes para acibarar su vida: faltaba la emigración, el desconsuelo de deber abandonar para siempre el suelo de su patria. Faltaba aún más: faltaba que anduviesen de pueblo en pueblo mendigando un asilo y no encontrasen por mucho tiempo un corazón sensible: faltaba que debiesen los más regar con nueva sangre el país en que pretendían fijar su residencia; faltaba que, echados de este por un gobernador de Egipto, tuviesen que armarse en corso y piratear por los mares de la Grecia hasta haber dado con una isla poco menos que desierta, donde pudiesen levantar sin necesidad de lucha sus míseras tiendas de campaña; faltaba que, perseguidos hasta en aquella isla por la mano del destino, se viesen obligados á rechazar por dos veces las fuerzas del imperio griego y á sucumbir por fin á una dura servidumbre. Terrible, terrible fué su suerte: ¡ay! ¡y no hubo quien la vengara! Tú, Córdoba, te anonadaste y no hiciste más

que verter un llanto inútil. ¿Cómo no te alzaste y heriste tú la frente del malvado? ¿Cómo no hallaste en medio de tu furor armas con que reducir á polvo á los impíos que abrieron con mano airada tu palpitante seno? Esperaste en Dios y venciste: confiaste tu venganza en la Providencia y la Providencia te la dió cumplida. Veo aún á el Hakem cruzando á pasos descompuestos los salones de su alcázar, lleno el corazón de pesares y de remordimientos. Las sombras de sus víctimas le siguen sin cesar y le precipitan á los más violentos arrebatos de demencia. ¡Sangre! ¡sangre! grita á cada momento: sacadme de ese mar de sangre, exclama. Toda mi generación está manchada con la que yo he vertido. Huíd, huíd de mí; dejadme solo con mis espectros y mi sangre, hasta que esta sangre me ahogue. Desesperado, abatido, cae después en una profunda melancolía: no puede ya con sus recuerdos, no puede ya con su dolor: vedle exhalandó su último suspiro. Ha muerto, y no suena en todo el palacio ni un gemido; no hay quien derrame una lágrima siquiera. Todo es silencio en torno del cadáver: apenas hay quien se atreva á mirarle, y hasta sus mismos hijos se cubren el rostro por no verle. Sólo el pueblo llora; pero llora de gozo, de gratitud al cielo, por verse libre ya del monstruo que acuchilló á sus hijos. ¡Regocijaos, vosotros también, pobres proscritos!

Días de tanto horror no se borrarán jamás de la memoria de los hombres. Buscamos en vano el lugar en que estuvo situado el arrabal; no quedan ya ni escombros. Brota aún sangre de tu profunda herida, desventurada Córdoba: ¿cómo en siglos más felices no encontraste quien la cicatrizase? Recuerdo tiempos para ti dichosos, días llenos para ti de majestad y gloria. Cien años después ¿no tuviste aún en el trono de los califas á ese magnánimo Abd-el-rhamán III, que después de haber llevado sus armas vencedoras al interior de Castilla, al África, al Egipto, construyó junto á tus muros los palacios de Medina Azarah y te arrulló al melodioso són de los sublimes cantos que inspiró á tus poetas? ¿No viste á poco brillar de nuevo la estrella de Augusto

en la frente del generoso el Hakem, de ese el Hakem II de quien dijeron los árabes que había logrado convertir en rejas de arar tus armas, en pacíficos labradores tus guerreros? ¿No viste entonces cubrirse de flores tu campiña; de numerosos rebaños, las cumbres de tus cerros; de una rica vegetación, las faldas de tus colinas pintorescas; de sabios, tus alcázares dorados; de peregrinos, tu mezquita djehma; de oro, tus robustas arcas? Sucedió á Hakem el débil Hescham II; mas ¿no fué bajo el reinado de éste que salió de entre la muchedumbre de tus soldados ese intrépido Almanzor, terror de los ejércitos cristianos, héroe que hizo morder el polvo de la tierra á cuántos se atrevieron á medir con él su lanza, varón tan celoso de su dignidad, que al sentirse herido en Calatañazor y al creer segura su derrota, rasgó los vendajes que detenían su sangre para morir sobre el campo de batalla? ¿Cuándo arrojó más vivos resplandores el astro de tu fortuna y de tu gloria? Las ciudades del norte y del oriente de España te enviaron sus más hermosas cautivas y espléndidos tesoros; Santiago de Compostela te mandó enormes campanas que sirvieron de lámparas para tus mezquitas; el África coronó tus sienas con las mejores palmas del Desierto. Fuíste la reina de las naciones, fuíste la luz del mundo. La ciencia tuvo en ti su templo; el arte, su logia; la industria, su taller; la poesía, su palenque. No sólo los pueblos que adoraban al Profeta, la Italia, hasta la Grecia, te cedieron en tributo sus más grandes sabios. Los más bellos monumentos de Europa estaban dentro de tu recinto; las mejores calzadas conducían á tus soberbios muros; los más vistosos campos se extendían á tus piés como una alfombra. Huertas deleitosas, jardines encantadores matizaban la sierra donde estás sentada; bullían donde quiera entre los pomposos ramajes de tus árboles aguas cristalinas bajadas de lo alto de los cerros, extraídas de las más hondas concavidades de la tierra. El Guadalquivir te traía aún en alas de sus ligeros buques los frutos de la feraz Sevilla; las opulentas regiones del Tarteso te regalaban aún el oro de sus

fecundas minas. Una nación entera estaba humillada á tus plantas y obedecía al menor de tus caprichos. Oía tu grito de guerra y se lanzaba como un león á la pelea; ordenabas la paz, y volvía al cinto su formidable espada. Ese mismo Almanzor, cuya imaginación embargaban sin cesar sus expediciones militares, apenas sabía guardar para otra que para ti los laureles que recogía entre la polvareda del combate: te acariciaba al volver de sus audaces correrías como un cazador á su perro de caza, como un soldado á su corcel de guerra. Córdoba, Cordoba, ¿cómo no se cerraron entonces tus heridas?

¡Ah! con razón, con sobrada razón guardas silencio, desdichada Córdoba. No ignoramos quién era ese Almanzor. Sabemos bien que si te elevó á la cumbre de tu grandeza, fué también el primero en motivar tu caída. Almanzor no era tu califa; no era más que un hadjib, un valido de tu soberano. ¿Qué hacía Hescham en tanto que él tenía aterrada la Península con el ronco fragor de sus batallas? Tu infortunado rey vivía en una eterna infancia, ageno de los negocios del gobierno: no ejercía su imperio sino sobre las flores de su jardín, sobre el corazón de sus esclavas. Muerto Almanzor, tuvo que entregarse en brazos de otro hadjib; murió este segundo hadjib, y tuvo que entregarse en brazos de un tercero. Pertenecieron los tres á una familia; pero no todos le fueron igualmente fieles. Almanzor, celoso de la autoridad omnímota que ejercía sobre la España Árabe, le distrajo de los negocios del gobierno, aunque no intentó nunca usurparle el trono á que hubiera podido subir llevado sobre el escudo de los ejércitos que había conducido á la victoria; Abd-el-melek, hijo primogénito de Almanzor, siguió guardándole la lealtad jurada; Abd-el-rhamán Anasir, hermano de Abd-el-melek, le movió á impulso de su propia ambición á que le declarara sucesor al trono. ¡Declaración fatal, terriblemente fatal para ti, ciudad desventurada, sobre cuya cabeza fué desde entonces amontonando el Señor todo género de males: la guerra, el crimen, el hambre, la anarquía!

Duerme, duerme, ciudad: duerme tranquila tu tranquilo sueño. No quieras oír otra vez tus espantosos infortunios: no quieras recordar de nuevo tan sangrienta historia. Se estremecen de horror hasta los que la leen en el silencio de sus corazones; ¿qué no sufrirías tú que tienes aún impresa en tu cuerpo la roja huella de los que á la sazón te precipitaron al fondo de un abismo? La declaración de Hescham armó á Mohammad su primo; y Mohammad y Abd-el-rhamán se batieron bajo tus murallas. Vencedor Mohammad, hizo morir en una cruz á su enemigo, encerró secretamente á Hescham, le dió por muerto á los ojos de tus hijos, y empuñó al fin, teñidas en sangre sus manos, el cetro de tus califas. Quiso desarmar á los berberiscos, y estalló una rebelión en que tu pueblo tuvo ya que tomar parte contra tan odiosos africanos. Salieron éstos vencidos, abandonaron tus hogares; mas para volver pronto á desgarrar tu seno con sus armas y las armas de Castilla. Te ocuparon por segunda vez después de haber derrotado á Mohammad en la batalla de Jabalquinto; y no te dejaron ya sin haber devastado y saqueado tus palacios de Medina Azarah. Mohammad, acompañado de un ejército cristiano que le enviaron los condes de Barcelona, invadió de nuevo el trono de tus antiguos reyes; mas para corto, para muy corto tiempo. Vencido á poco en un combate que tuvo con los berberiscos, faltó del apoyo de sus aliados, enemistado con tus hijos, te puso al borde de un precipicio, del que sólo pudo arrancarte la mano de su hadjib sacando del ignorado encierro á Hescham, tu legítimo califa. Mohammad vió alzarse ante sí á su primo Hescham como una sombra: quiso conjurar su enojo con humildes súplicas, pero inútilmente. Fue decapitado, entregado su cuerpo á la muchedumbre, llevada su cabeza sobre la punta de una lanza al audaz Soleymán, á quien Hescham trató de dar con esto ejemplo. Tuviste entonces restablecida la legitimidad sobre tu trono; mas ¿qué podías esperar de ese cobarde Hescham, que nunca aspiró más aliento que el de sus jardines, ni conoció más placeres que los de su serrallo?

Estás condenada á languidecer y á morir; de tu suelo no brotan ya sino la ambición y el odio para prolongar el horrible dolor de tu agonía. Duerme, duermes, ciudad: duermes tranquila tu tranquilo sueño.

Héscham no supo hacer más que acelerar tu ruina. Tenía en todo el reino un solo hombre capaz de sostener su vacilante trono; y le entregó por meras sospechas de traición al hacha del verdugo. Cercado por todas partes de berberiscos que devastaban sin cesar la Andalucía, se anonadó, y no pudo dar nunca un paso más allá de tus murallas. Te vió con dolor abatida, devorada por el hambre, consumida por la peste; pero no fué capaz ni aun de procurarte pan teñido con la sangre de tus hijos. No se sintió con fuerzas ni aun para salvarte del poder de Soleymán, que cayó al fin sobre ti y vengó en ti las afrentas recibidas por sus feroces africanos. Afeminado, débil, dejó que su enemigo te tomara por asalto, desapareció á la hora del peligro tras los soldados que habían de velar por tu defensa; y te abandonó medio moribunda al furor de los que venían dispuestos á acabar contigo. No percaste aún; mas ¿quién podía creer que no hubiese llegado ya tu última hora? Dueño de ti Soleymán, «robado, saqueado, dijo á sus tropas: ahogad la voz en la garganta de los que os ultrajaron.» Por tres días tuviste hundida en tu seno la lanza de los bereberes; por tres días te viste condenada á asordar el aire con inútiles gémidos. Desencadenado contra ti el odio profundo de una raza que fué en todos tiempos el azote de tu pueblo, sola, aislada, no encontraste por eco de tus lamentos sino un continuo grito de venganza, y llegaste hasta á perder la voz para quejarte de tus acerbos males.

Soleymán no se contentó ya con ser el general de tus ejércitos: levantó de las oscuras gradas del trono la espada de tus reyes. Orgullosa, intolerante, destituyó de sus destinos á los árabes y te sujetó por completo al dominio de sus soldados. Ejerció sobre ti una tiranía insostenible: te injurió, te oprimió, arrojó con desdén sobre tu frente los restos de tu antiguo impe-

rio. No contaba con simpatías, no contaba con más apoyo que el de sus propias armas; mas estas armas eran fuertes en la pelea, él bravo y fiero como uno de esos leones del Desierto. Se hacía difícil quebrantar su poder, romper su lanza. En otro tiempo tú misma hubieras bastado á quebrantarlo; mas ¿cómo podías entonces tener fuerzas ni aun para levantar al cielo tus suplicantes brazos?

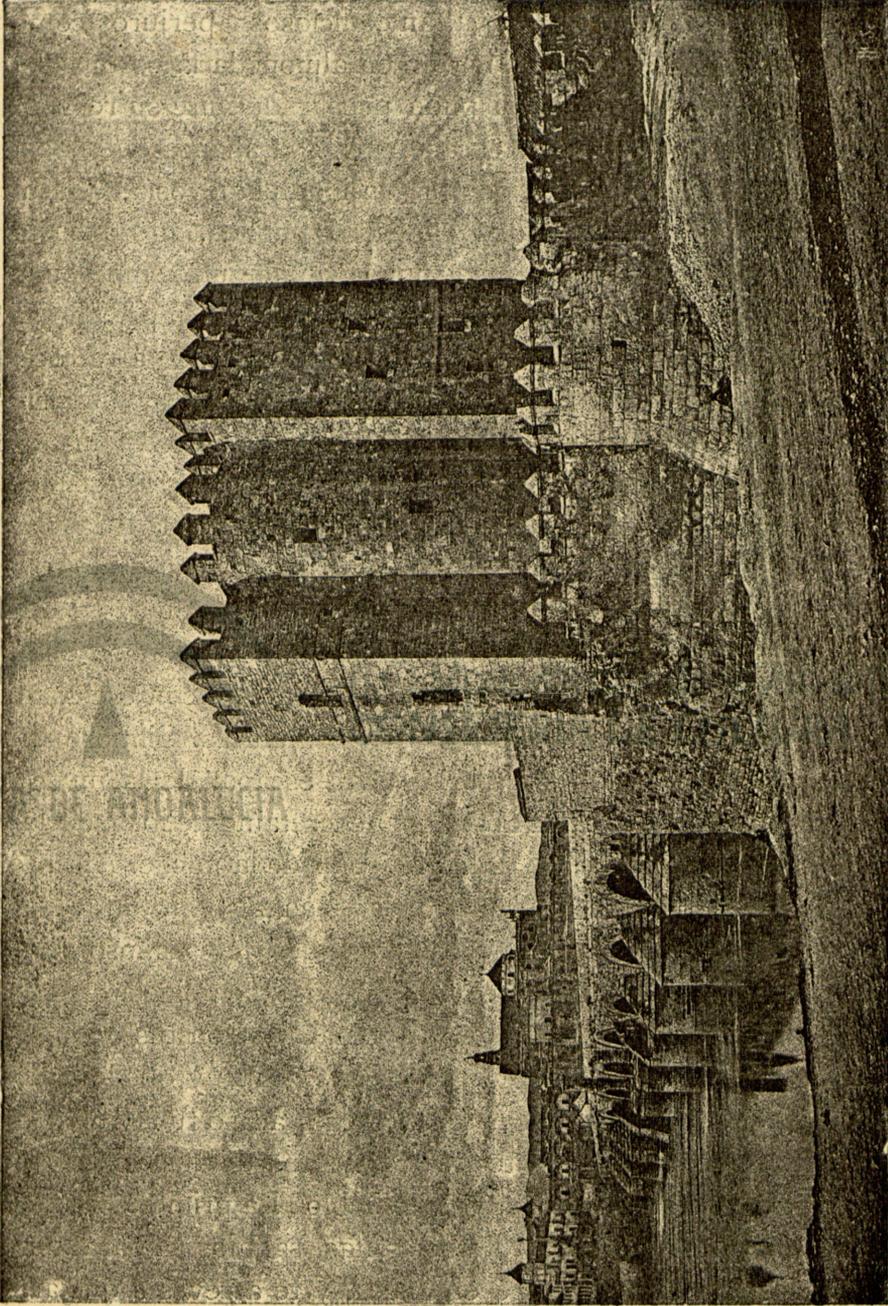
Hayrán, hadjib que fué de Hescham, fué entonces el único que concibió la esperanza de salvarte. Había sido herido en el asalto del Alcázar y recogido por un desgraciado que se compadeció de él y le ocultó en su casa. Cicatrizado apenas su cuerpo, no pudo mirar con indiferencia la suerte de su patria: salió de España, pasó al Africa, conjuró al valí de Ceuta Aly ben Hamud á que viniera con su ejército á rasgar las ataduras que te unían ya al sepulcro. El interés que tenía por tu pueblo le inspiró elocuencia para traer consigo al esforzado Aly. Entró; dirigióse al punto contra Soleymán que, temiendo esperar al enemigo en tu recinto, abandonó tus muros, le halló, luchó con él, y no paró hasta presentarle herido y maniatado al valí, que no pudo verle sin afearle sus hechos y cortarle la cabeza con su cimitarra. No pudo ser más rápido ni más eficaz el auxilio del hadjib; mas ¿qué podía sobrevenir que no fuese para ti un nuevo motivo de dolor y de amargura? Saludaste gozosa á Hayrán y á ben Hamud, los aclamaste como tus libertadores: ¡ay! y no pasaron tres años sin que debieses ver á Hayrán muerto por la mano de Aly, á Aly ahogado en un baño por los servidores del último califa. ¡Pobre Hayrán! había sido él quien había entronizado principalmente al valí, él quien más había procurado arrancarte del borde de la tumba; y obtuvo en premio la muerte. Temeroso ben Hamud de su influencia, le alejó de sí apenas hubo tomado posesión del trono, le incitó á la rebelión, salió contra él, y no sintió temblar su espada al ir á sumergirla en el pecho de su antiguo aliado.

Hayrán, al sublevarse contra Aly, había hecho proclamar

califa en la ciudad de Jaén al ommyada Adb-el-rhamán IV, biznieto del magnánimo Abd-el-rhamán III. Muerto Aly, vió ya el nuevo príncipe franqueado el paso para subir al trono; mas no tardó en deber luchar con otros dos rivales poderosos que hubiera quizás vencido á no haberse conjurado contra él su desdichada suerte y el rigor de tu destino. El-Khassem, hermano de Aly, vino á apoderarse de tu alcázar, al parecer sólo para dictar decretos de proscripción y de muerte contra tus mejores hijos; Yahhyay, primogénito del mismo Aly, reunió al momento cuántas fuerzas pudo para reclamarte como una herencia, como el patrimonio de su padre. Tres reyes se disputaron á la sazón en el campo de batalla los girones de tu solio. Volvió á recorrer la muerte tus ciudades y tus campos: volvió á extender de nuevo su fúnebre crespón sobre tu reino. Trémulo el-Kassem ante Yahhyay, se ofreció á compartir con él su imperio y entregarle por de pronto el gobierno de tu pueblo. Yahhyay aceptó y prometió guardar el pacto, mas ebrio á poco con tus homenajes y sinceros aplausos, no pasó ni días sin aspirar al dominio absoluto y violar la fe jurada. Irritóse el-Khassem, ya algo repuesto de su primer cuidado; regresó, cayó sobre ti con la celeridad del rayo, y le obligó á la fuga. Te alzaste entonces y le venciste: no más tiranos, dijiste, no más abatimiento; pero fué inútil tu cólera; vano, enteramente vano, tu generoso ardor contra tus rudos opresores. No pudiste ni aun muerto el-Khassem gozar de la vista de ese Yahhyay á quien amabas. Precipitáronse los sucesos de una manera espantosa, y en menos de dos años tuviste que obedecer á la voz de cuatro reyes. El que no murió bajo el puñal de los conjurados ni bajo la espada de sus enemigos, murió infamemente atosigado; y tú, huérfana de continuo, de continuo colocada entre el despotismo y la anarquía, rodaste con más y más velocidad á lo profundo del abismo sin encontrar otro apoyo en tu fatal caída que débiles arbustos, rocas apenas sumergidas en la tierra, que se quedaban en tus manos ó se desplomaban al peso de tu cuerpo para apresurar tu ruina.

Había sido ya destronado el-Khassem, cuando su ejército, que había salido poco antes contra Adb-el-rhamán, entraba en batalla con el de este ommyada, en quien cifraban tantos la esperanza de su patria. Venció Abd-el-rhamán; pero murió de un flechazo al acabarse ya el combate. Arrojó este hecho en la consternación todos los ánimos. Desesperaron los más de la salud del reino, y tú fuíste la primera: dicen que lloraste al saberlo lágrimas de sangre. Hiciste, sin embargo, un esfuerzo que no era ya de esperar de un ente moribundo: soy yo quien me he de dar mis reyes, exclamaste; y levantaste sobre tu escudo á otro ommyada, á otro Abd-el-rhamán, hermano de aquel Mohammad que Hescham hizo decapitar al ascender por la segunda vez al trono. Era tu nuevo Abd-el-rhamán joven de grandes dotes, de un porvenir brillante: mas ¿qué había de poder ya ni aun el hombre de mayor genio con las bastardas pasiones que se agitaban en tu seno? Quiso enfrenar la licencia de tus soldados, arrebató la dictadura á los guardias de tu alcázar, proteger á tus ciudadanos contra los excesos de la fuerza armada, reprimir el desorden... ¡ah! el desorden pudo más que él y le denunció como su víctima. Morían un día los últimos rayos del sol en tus montes de Occidente cuando tu palacio estaba cernido en todas partes por una horda de asesinos. Dase el grito de alarma, é invaden tumultuosamente los salones del alcázar. Los esclavos del califa son los primeros en caer bajo la punta de los puñales. Se adelantan luégo los agresores hasta el mismo Abd-el-rhamán; pelean con él unos instantes, le derriban al pavimento, le cosen á estocadas hasta oírle exhalar su último suspiro. Veo aún la luz del crepúsculo iluminando fantásticamente el ensangrentado cadáver: el silencio que reina en torno suyo me turba y me confunde. ¡Bandidos miserables! ¡Raza inicua de hombres corrompidos, á quienes no espanta verter la sangre humana para satisfacer vuestros deseos! ¿Cómo no tembláis ante vuestra propia obra?

Mohammad, primo del califa, había sido el jefe de estos conjurados: muerto Abd-el-rhamán, fué proclamado rey. Encum-



CASTILLO DE LA CALAHORRA Y PUENTE

brado á tan alta dignidad sólo por el favor de esos criminales llamados guardias del alcázar, ya tan codiciosos y perjuros como los que se atrevieron á poner un día en almoneda la corona del Antiguo Imperio, no pensó ni pudo pensar durante su reinado sino en ir asegurando con inmensas dádivas la alianza que había sido establecida entre él y ellos por tan infame alevosía. Consumió el tesoro del diván, disipó el tesoro público, agotó hasta las últimas rentas del Estado; mas nunca, en ningún tiempo pudo satisfacer la sed de oro que les devoraba. Vióse al fin privado de todo género de recursos. Empezó á temblar, pero no á retroceder, porque conoció que era imposible. Los puñales que hirieron á Abd-el-rhamán, dijo, están asestados contra mí: las manos que los empuñan no los sueltan ya sino para recoger los escudos que les arroje desde lo alto de mi trono. Entregóse á la más desenfrenada arbitrariedad, creó nuevos tributos, vejó todos los días más y más á los hijos de tu pueblo. ¡Inútiles esfuerzos! Las exigencias de esa turba de sicarios crecieron á proporción de la generosidad que con ellos ejercía: no pudo ni aun con ese sistema de opresión encontrar medios para cumplirlas. Sintióse aislado, perdido; y no vió otro camino para escapar de la muerte que le amenazaba, que el de abandonar secretamente los palacios de Medina Azarah en medio de las tinieblas de la noche. Alcanzó así prolongar algunos días más su vida; mas ¡ay! ¿en tanto, qué fué de ti, oh desgraciada Córdoba, en poder de esas insolentes guardias pretorianas? Robáronte, saqueáronte, complaciéronse en ir agravando más y más tu bárbara agonía. Oyeron tus gemidos y los apagaron con el hierro de su lanza: «sufre y obedece, dijeron, á los que son hoy tus reyes. ¿No eres acaso tú la que contemplaste impasible la muerte de trescientos de tus hijos y la proscripción de una gran parte de tu pueblo? La primera vez que salimos armados del alcázar de tus califas, salimos ya para abrir y desgarrar tu seno: ¿callaste entonces, y te atreves á quejarte ahora de que ejerzamos en ti nuestros instintos? Sufre y muere no ya bajo el hierro, sino bajo el cuento de nuestras alabardas.»

¡Pobre ciudad! No bastaba que hubiese sufrido los horrores del hambre y la anarquía: faltaba aún que la insultasen sus verdugos. ¿Quién vendrá ya á salvarla? ¿Quién podrá ya venir siquiera á dulcificar sus postreros instantes de amargura? Yahhyay reina aún en Ceuta y en Algeciras; ¿cómo no ha tomado las armas para reconquistar su codiciado imperio? ¿Tan pronto se ha extinguido en él la llama de esa noble ambición que le indujo en otro tiempo á venir á arrancar esta ciudad de la orilla misma del sepulcro? ¿Tan pronto han dejado de resonar en sus oídos los vítores con que le acogió la muchedumbre, las afectuosas palabras con que le rindieron homenaje los valíes? No le mueve ya á Yahhyay el deseo de alcanzar un reino; pero le mueve en cambio el amor á su Dios y á su patria. Córdoba, Córdoba, abre tus puertas á tu libertador: no hay ya en todo tu reino otro hombre capaz de contener las lágrimas que brotan á torrentes de tus ojos. Su prudencia y su desinterés corren al par con su bravura: su sola mirada basta para imponer á tus viles opresores. Aclámale por tu rey, aclámale por tu califa, aclámale por tu Dios sobre la tierra: nadie como él puede vengar ahora tus ultrajes; nadie sino él levantarse como la sombra de los Abd-el-rhmanes á la vista de tus enemigos.

Entró Yahhyay en esta ciudad sin la menor resistencia y entre los mismos aplausos que la vez primera. Su principal cuidado fué restablecer el orden. Tan cuerdo como severo, logró restaurarlo en breves días. Sus palabras, dulces para unos, para otros amargas, producían todas el mismo efecto: no parecían sino hálitos de esas templadas brisas que vienen á serenar el cielo después de las tempestades de verano. Asegurada ya la tranquilidad, trató de reconstituir la unidad de la monarquía, rota á pedazos por esa larga serie de revoluciones que habían removido este agitado suelo. Llamó á los valíes de las provincias para que fueran á jurarle obediencia según las prácticas del reino: escribió á todos sus funcionarios para que no retardasen un solo instante el cumplimiento de sus leyes. Lleno de fe en

sus propias fuerzas, y sobre todo convencido de la necesidad de llevar á cabo su proyecto, se mostró no sólo dispuesto á realizarlo echando mano de los medios que su autoridad le sugería, sino también decidido á ir á sujetar por sí mismo á los rebeldes. Esto fué lo que le perdió. Había entonces en Sevilla un valí orgulloso y fiero que no reconocía otra autoridad que la de Dios y su Profeta, que no se arredraba ante ninguno de sus enemigos, que como los reyes escandinavos gustaba de beber en el cráneo de los que había vencido en el campo de batalla. Yahhyay le escribió como á los demás valíes; pero no tuvo de él más que un silencio, equivalente en un hombre de su carácter al desprecio. ¿Cómo podía dejar de irritarse Yahhyay? Tomó de improviso las armas y salió para Sevilla, deseoso de castigar tamaño ultraje: dió en el camino con el valí, le acometió, luchó como una fiera con él, le puso en retirada, le obligó al parecer á llevar consigo la ignominia y el pesar de una derrota. Arrebatado por su brío, no se contentó con haber condenado á su contrario á volverle las espaldas; se precipitó tras él seguido de su escasa comitiva, corrió, voló, cayó en una celada, donde murieron bajo el hierro de los soldados del valí él y sus valientes caballeros. Lloro, Córdoba, llora si es que lágrimas pueden brotar aún de estos tus ojos: ya no existe el que ha sido tu última esperanza; ya no podrá volver á desnudar por ti la espada. Lloro, desdichada ciudad, llora porque no es ya sólo el califa quien ha muerto, ha muerto también el califato. Acabas de perder tu corona de reina en esa fatal jornada: levanta como en otro tiempo la voz... nadie te escucha.

Sabida la desgracia de Yahhyay, reunióse el diván y eligió por sucesor á un ommyada llamado Heschám, que desde la decapitación de su padre Mohammad vivía casi del todo ignorado en una fortaleza de Castilla. Libre de ambición, y sobre todo severamente aleccionado por el trágico fin de su hermano y de su padre, rehusó por mucho tiempo la peligrosa dignidad que le ofrecían, sin llegar á ceder nunca sino ante la consideración de



BIBLIOTECA DE LA ALHAMBRA

CÓRDOBA. — Tipo de hombre del pueblo